

Lidzie Alvisa: La montaña rusa o la alambrada del ser

Jamila M. Ríos 12 agosto, 2013 Artes Plásticas Tomado de Vercuba



Por: Jamila M. Ríos

La casa de los estados

Venía yo por 23, en ese estado de *sadness* que suele ser propicio tanto para escribir como para hundirse en la contemplación: mirar adentro/cavar afuera. En la galería del cine Chaplin me encontré cara a cara con el anuncio: *Estados*; y —ya inquieta por un apellido que me parecía demasiado familiar, ya curiosa por una exposición que había ido dejando para luego— me dejé llevar. *Estados de ánimo/Estados de archivo* sugerían las piezas, en alusión a dos fases de la serie que Lidzie Alvisa ha ido construyendo de 2009 a acá. Sentimentalismo y burocracia. Lo estacionario y el polvo. La ciclotimia y la tiendecita de nuestros horrores, despertada por los accidentes o los cambios continuos de soporte y de formato, que nos obligan a perder información. Su recorrido por esos objetos o estadios me hizo recordar enseguida un tugurio de la calle O' Reilly, que yo visitaba a principio de siglo entre melancólica y curiosa, como un museo: la Casa de las Maletas, donde reinaban archivos y burós, máquinas de computar, calcular y mecanografiar, estantes y solitarias sillas giratorias...

Información (empacada al vacío) y estado de ánimo: algo tan estadístico frente a algo tan volandero como una explosión de emociones... A las colisiones entre esos supuestos contrarios, el primero de apariencia postmoderna (por los soportes que la recubren, que la transmiten, que la conservan, que la pierden...) y el segundo de universalidad rampante, debe en parte su repercusión esta última entrega de la artista. Porque por mucho que haya sorprendido a los antiguos el cambio de las inscripciones en barro a escribir en pergamino y en papel, ello no es comparable con la velocidad con que se han sucedido en los dos últimos siglos los cambios de un formato de archivo y un equipo de reproducción al otro

(tocadiscos, grabadora, walkman, videocasetera, DVD, reproductores de mp3...), de una capacidad de almacenaje a otra (de *floppy disk* o disquetes de 8, 5^{1/4} o 3^{1/2} pulgadas, o flash de 8 y 64 megas, a discos externos de quién sabe cuántos terabytes).

La hecatombe que acontece en la vida de quien pierde un tera de información parece solo comparable para ese usuario con la quema de la biblioteca de Alejandría. Sin embargo, también es cierto que, como en las fugas de capitales golondrinas, y debido a la rapidez con que se pierden y se recuperan miles de archivos (millones de dólares o euros en puja...), esta falla no resulta mensurable. La cantidad obnubila; la versatilidad y numerosidad impide las presumibles jerarquías, y las grandes cifras, de elementos en cierta forma impalpables, terminan por asemejarse a las oleadas de muertos del Medio Oriente o del narco mexicano, que nos dejan prácticamente impávidos, por ingentes.

El intercambio de flujos entre el plástico y lo sensorial, esa materia intangible, resulta irónico. Y la ironía emana también del hecho de pautar estados de ánimo como se graba en un papel el recorrido de una montaña rusa, con la aguja del encefalograma/ con el estilo del electrocardiograma... Si la ciencia se revela en esos parámetros como plataforma de control que, encriptada, dice y no dice de nuestros padecimientos, qué no(s) sugiere esa instalación en la que las curvas de tubos de ensayo sucesivos (que remedan las vueltas y revueltas de los conductos de un laboratorio) osan captar igualmente los estados de ánimo... ¿Y qué decir de la fuente que festeja con sus juegos de agua los cambios de humor, donde vemos subir y bajar las gotas en estampida, como se bajan o suben los humos, evaporados, de los tórtolos, de los adolescentes, de los locos?

Como en un disco rayado, donde la aguja esperanzada se empeña en reproducir un sonido ya inaudible, Lidzie vuelve a la carga con todo lo que se le pone a mano. La perentoriedad de la técnica y la variabilidad del ser se revelan como continuos accidentes, que no pueden ser leídos sino en *perpetuum mobile*, sin resuello, como procesos, jamás como fracciones individuales. El carpintero picotea dejando su mensaje en el tronco (de la oreja): como en todo sistema, ¿los éxtasis de felicidad qué serían sin el desbarranco, sin la rigidez emocional, sin la tristeza de muerte... y viceversa?



¿Estancos/Establos?

Durante su vida artística, la autora ha mutado sin turbación: de esculpir la madera a fotografiar alfileres y de deslumbrarse por mares de girasoles (punzados en el centro) o por hileras de almohadillas ensangrentadas, a reflejar pares de pies en actitud desafiante (espuela en tobillo), ya en plena carrera o en reposo... De los estados de archivo a los estados de ánimo, Lidzie Alvisa apuesta por saltar todos los estancos, por desmontar los establos y llevar la inteligencia hacia prados baldíos, que ella cosecha con paciencia hasta amansar en jardines.

Entre las figuras funcionales que se hallan aún en su galería personal (un cuadro, un armario...) y los retratos donde ciertas partes del cuerpo, imantadas, atraen las filigranas de los alfileres –con todo lo que estos transmiten sobre las delicadas labores del dolor– media un abismo en materiales y artes. Entre los rodapiés colocados en la sala de la exposición, como un espéculo que explora en las bases de la sociedad contemporánea, con sus disimilitudes y sus actuales apelaciones a la diversidad, entre las fotos de pies y piernas erguidos o recostados, y las instalaciones de *Estados* se abre un puente sobre el nuevo abismo, y resultamos testigos de los cuestionamientos que invaden a una autora que se hace una y otra vez las no por consabidas finitas preguntas... acerca de temas cruciales como el placer y el dolor, la soledad y la sociedad, la ciencia y la vida. Ese arriesgado, cuántas veces descarnado humanismo, la vuelve canónica, central en cualquier repaso sobre las poéticas al uso entre los artistas y los escritores cubanos de hoy.

¿Estatuarias/Estuarios?

Del hieratismo de la madera a la dureza de los alfileres o a la flexibilidad de los troncos de girasoles, de la cambiante verticalidad de las piernas a los trazos y gráficos que ilustran sus *Estados*... Lidzie ha ido metamorfoseando su voz, aunque fluyendo por rías paralelas al mismo mar que es el morir. Así, elucubra respuestas para otras reiteradas, mas nunca resueltas, preguntas: ¿quiénes somos frente al otro/para el otro?, ¿a dónde iremos?, ¿qué hilos o resortes nos mueven?, ¿qué manantiales nos hidratan?, ¿a dónde escapan nuestras huellas, por ejemplo, las palabras no dichas o no escuchadas, los archivos desechados y las copias de (in)seguridad? Contra los nudos del árbol, la mano paciente; contra el punzar de los pánicos, el imán; contra el mármol de lo invariable, el arroyo continuo... Nada permanece inamovible, inexpugnable, porque incluso los estados (nacionales), con sus historias en tomos sucesivos, suben y bajan en estimación cultural y económica, en interés periodístico, si es que no borran y rehacen sus fronteras. ¿Qué esperar pues de los estados de archivo; de la ciencia y la técnica; de los estados del alma, que reflejan el espejeo de un castillo de naipes o de cubos de vidrio, que se abren y se cierran como partidas del azaroso dominó?



Estambres/(c)al(h)ambres

Los hilos que tensa y entreteje Lidzie, como parca o Penélope sabihonda, se enhebran sobre distintos materiales. La metáfora de los cambios y su encarnación en piezas de dominó, memorias flash, casetes y cajas de casetes, videos, disquetes y discos de vinilo, teléfonos celulares, termómetros, libros y hasta en las luces de un ecualizador, agregan siempre mensajes diversos, gracias a los halos y asociaciones particulares, polisemémicas, que engendra cada nuevo soporte.

La instalación constituye un trozo de vida retratado que reproduce a su vez otros momentos del ser; un gráfico que es, al tiempo, un retazo de estambre enrollado a la rueda de nuestros afectos y necesidades, de nuestros sueños y frustraciones. Donde la lengua calla –cuando el amante pregunta– la ciencia sigue su curso y reproduce con frialdad las altas y bajas de nuestros sentimientos, de nuestro deseo sexual, de nuestro biorritmo, de nuestro entusiasmo... Asimismo, la acumulación de soportes ya caducos o por caducar, del tipo que sean, añade angustia por la pérdida y las mutaciones, a la par que tranquilidad ante lo que termina por ser variación rutinaria, a los movimientos intestinales en que digerimos lo mejor que podemos nuestra existencia.

De vuelta sobre los objetos alineados, podría decirse que el dominó dibuja los golpes de la suerte; y las memorias, las estocadas del recuerdo, así como la influencia de las subjetividades al fijar una escena, que aunque vivida por varios nunca es reconstruida idénticamente. O que las hilerillas de discos de vinilo, casetes, disquetes y videos... nos devuelven ciertos fragmentos de vida (acumulada con sonido o imagen), siempre con texturas diversas, de acuerdo con la época en que los almacenamos, en el soporte al uso. Luego, tras los vaivenes de las montañas de teléfonos podemos escuchar las voces, las llamadas fatídicas, salvadoras, furtivas, olvidables..., los mensajes de texto o de voz que hemos recibido o enviado y dejado alguna vez. Al tiempo que los termómetros nos parlotean del clima, de las fiebres de las penas y de los cambios de hu/amor, de los males en

que alma y cuerpo se vuelven indiscernibles. Por su parte, las cajas vacías nos iluminan sobre los actos fallidos y las palabras huecas, los gestos sin correspondencia que no llevan más que a callejones sin salida...

Finalmente, con la música, a través de la pieza que reza: *no me puedo concentrar*, y del ecualizador que nos permite observar los movimientos de lo(s) agudo(s) y lo(s) grave(s), Lidzie nos invita a transitar en vivo (gracias a decenas de fragmentos de melodías diversas que se enlazan en un popurrí infernal) por uno de esos estados de ánimo en que nos sentimos profundamente insatisfechos, o perdidos o traspasados por la incertidumbre, una ansiedad que nos impide sentar cabeza y alcanzar el bienestar.

A lomos de sus cuestionamientos e influidos por el itinerario que la autora ha trazado con la muestra, puede ser que uno se diga: ¿de dónde proviene tal intranquilidad, tal desazón, tal desconcierto? Lidzie no ofrece respuestas, pero remueve inquietudes; y si algo sugieren sus instalaciones es que la vida viene y va del cenit al nadir, de la cima a la sima, como en una montaña rusa. Las alambradas del ser, escindidas en distintos espejismos, suben y bajan, se abren y se cierran como las membranas intercelulares. Del dolor solo podemos decir como de una instantánea, tomada por una polaroid, pasará, se borrará... o se irá borrando a medida que los estados de ánimo converjan y diverjan, y que los archivos se actualicen. De la felicidad, lo mismo; ya lo cantaron los griegos.

La posibilidad de registrar esas transiciones nos convence, de un lado, sobre la provisionalidad del ser y sus anillos de zozobra, sus intereses u obsesiones, sobre lo vadeables que resultan las furnias de la desesperación...; del otro, nos deja persuadidos de que cada gráfico, como galimatías de símbolos y trazos, de longitudes de onda y frecuencia, no informa más que pálidamente de lo pasado.

La ciencia termina siendo un cascanueces que disecciona los nudos gordianos, pero que no puede manejarse en ciertas magnitudes, ni puede hacer un retrato medular de las sensaciones despiertas (y resguardadas) en los recodos de ciertas curvas de sentido(s). La gráfica termina por ser grafiti inocente, pintura naïf de lo vivido; y la exposición de Lidzie, como toda obra que reclama del espectador su completamiento en la contemplación, es solo esquema o esqueleto donde ponemos nuestra piel de gallina, nuestro brazo a torcer, nuestra carne de cañón. *Estados* no es nada sin las reminiscencias de quienes la avisten y revistan de significación; de ahí la pluralidad de interpretaciones que permite al ser actualizada por cada nuevo lector, y de ahí sus seguras repercusiones.

Lidzie ha cambiado aparentemente de técnica, pero no ha dejado de marcar a sus consumidores; embastando con calma, para rematar luego, ha asegurado su huella en nosotros gracias a los propios recuerdos que destapamos como quien abre cápsulas de

tiempo (y deja aflorar olores, sabores, lugares, frases, texturas...) mientras recorre una y otra vez los salones (de su vida). Entre lo íntimo y lo público, explorando el estado de conciencia de la posmodernidad, y las nuevas sensaciones que nos depara la técnica, Lidzie nos hace recordar aquel disquete azul que preferíamos para guardar poemas, o el primer teléfono que tuvimos; lo increíble que nos parecía que los soportes de información se dilataran y llegaran a contener tanto como hoy, o aquel disco rayado de la década prodigiosa que heredamos de un tío, y aquellas sesiones interminables de enrollar con lápiz la cinta de un casete, para volverla a oír. Extrañamente los gráficos de *Estados* representan con sus cúspides y depresiones una vida que fluye en las edades, que se desplaza en el tiempo, pero cada estado de ánimo puede ser aplicable a distintos seres y la existencia nos alecciona sobre cómo en cada época regresamos sobre ciertas inenarrables sensaciones, ya porque recordar es volver a vivir o ya porque se lleva dentro una nuez que no se aja, un estado de avidez que no caduca, y que nos devuelve los escalofríos ante lo desconocido o deslumbrante, como cuando subimos y bajamos en la montaña rusa. Se trata de viajar y no perder la boca del estómago (es decir el corazón, es decir el cerebro) en el intento... *Bon voyage!*